males; en este, que ahora se ha de verificar de la ley nueva, padece el mismo Dios hecho hombre, que es aquí coronado rey de los mártires y padece su Madre Santísima y es víctima de toda la rabia con que los sayones y judíos aprietan la corona sobre las sienes de su Hijo. Pero como padece con paciencia, mientras los judíos la injurian y la hieren en Jesús, están los ángeles en el cielo tejiendo la corona de la Reina del martirio. *Et plectentes coronam de spinis posuerunt super caput ejus.*

Estaba el mundo esclavizado con las cadenas del infierno; el hombre, hecho á imagen y semejanza del Señor, servía á sus pasiones y apetitos, que ponían sobre su cuello el dogal de la dominación. En vano los nobles impulsos del corazón hacían fuerzas supremas por romper aquella conyunda que los envilecía; todos sus esfuerzos eran subyugados por el poder dominador de los vicios, que casi dueños absolutos del mundo entero, apresaban á los reyes y á los príncipes con cadenas de oro, envolvían á los sabios en redes de flores, embriagaban á los pueblos con la copa de los placeres, se asentaban á veces con el pobre en su cabaña y ahogaban con sus brazos de hierro á los míseros esclavos. Pero el clamor de los que eran justos llegó hasta Dios, y el Señor vió la aflicción de toda la tierra oprimida por los réprobos espíritus del infierno, y conociendo su dolor, descendió para salvarla de las manos del abismo y para convertir el revuelto erial de nuestros vicios y pasiones en un hermoso edén, donde se respire el ambiente suave de la virtud, y corran copiosos ríos de leche y miel para paz y dicha de los hombres. Y he aquí, que de la misma manera que el Eterno apareció á Moisés en el monte Horeb en medio de aquella zarza que ardía sin consumirse, para hacerle el libertador de su pueblo, sometido al yugo de los egipcios, *et apparuit Moysi Dominus in flamma ignis de medio rubi* (1), de

(1) Gen., XXXV, 7.



la propia manera aparece Jesús á María, su Madre, en medio de aquella punzante zarza, roja con la sangre de su cabeza, para hacerla luego la libertadora de todo el linaje humano, que gemía prisionero en las cárceles de los vicios. Pero, ¡ay!, que ni el fuego ni las espinas del monte Horeb en nada ofendían á la majestad de Dios, antes eran allí el rojo dosel de su divinidad; y estas espinas que coronan á Jesús, forman en sus sienes una diadema cruel y sangrienta de escarnio, con que se ha pretendido rebajar su dignidad, y en el corazón de su Madre una corona de fuego que lo ciñe, lo abrasa y lo martiriza. *Et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus.*

## II

Ya hemos visto cuán inmenso es el dolor de María por la corona de espinas, que los verdugos, despojados de todo sentimiento de humanidad, pusieron sobre la cabeza de Jesús, y ahora he de procurar demostraros el dolor de nuestra Madre y Señora por la ingratitud de los hombres al coronar de espinas al Redentor.

Mas como la ingratitud acusa beneficios recibidos, veamos primero qué manera de beneficios debemos todos al Señor.

San Agustín, pensando y discurriendo sobre su origen y procedencia, raciocina de esta manera en uno de aquellos sus sublimes soliloquios: *Volví á mí y entré en mí y preguntéme: ¿Tú quién eres? y respondíme: hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije: ¿de dónde tuvo principio, Dios mío, esta criatura? ¿De dónde, sino de Ti? Tú eres el que me hiciste y no yo. Tú eres por quien yo vivo y por quien todas las cosas son y viven. Porque, por ventura, ¿puede alguno ser artífice de sí mismo?*

*¿Por ventura hay otro de quien se derive el ser y el vivir, sino de Ti? ¿No eres Tú el sumo Ser de quien mana todo ser? ¿No eres fuente de vida, de quien procede toda vida? Tú, pues, Señor, me hiciste, sin el cual nada se hace. Tú eres Hacedor mío y yo obra tuya.*

Hasta aquí San Agustín, y pensando nosotros y discurriendo sobre los demás beneficios de Dios, podemos continuar el soliloquio, aunque con luces menos claras, de esta manera: De Ti, ¡oh Señor!, vino á mí, miserable y flaca criatura, esta luz, con que raciocino y pienso y distingo lo bueno de lo que no lo es. Tú me diste esta voluntad libre, como las águilas en el viento, para que yo con ella me conquistase la gloria y fuera responsable de mis malas acciones. Tú pusiste en mi corazón un deseo de eterna felicidad é hiciste las cosas de la tierra caducas y perecederas, para que no encontrando en ellas la hartura, levantase los ojos á Ti, que eres fuente inagotable de dicha sempiterna. Tú no encerraste con fronteras el imperio de mi imaginación en el mundo de lo justo y de lo bello, para que el pensamiento humano fuera imagen de divinidad y recorriera en un punto los espacios, penetrara en el fondo de la mar, registrara el seno de las montañas, se asomara al cráter de los volcanes, viera tu justicia entre las sombras del abismo, tu misericordia entre los resplandores del cielo, y por todas partes fuera cantando para bien suyo la epopeya de tu omnipotencia y de tu sabiduría.

Mía es la tierra con el mar que la ciñe, con las flores que la embalsaman, con los árboles que la hermosean, con los pájaros cantores que la divierten, con la luna que la adormece y con el sol que la despierta y la ilumina. Mía es, pues Tú, ¡oh Dios mío!, la hiciste para mí y me has concedido la dominadora inteligencia que negaste á los brutos. Mía es, porque Tú me has coronado en ella de honor y de gloria y me has constituido sobre las obras de tus manos. *Gloria et honore coronasti eum et constituisti*



*super opera manum tuarum* (1). Y siendo mía, tuyas son las lluvias que la fertilizan, los vientos que la refrescan y la potencia que convierte el grano en espiga, en árboles las ramas, en peces las ovas y el átomo de polvo y la invisible molécula de agua en codiciadas perlas y diamantes.

Y este cuidado que tienes, ¡oh Dios mío!, de las cosas que creaste para contento y regalo del hombre, se acrecienta y se convierte en paternal solicitud para con el mismo hombre. Tuyos, pues, son los pensamientos que inclinan al bien; Tú me llevas como de la mano para que obre mejor, y despliegas sobre mi frente la majestad de los cielos, para hacerme barruntar el premio que me tienes reservado, si persevero hasta el fin en el camino de las buenas obras. Si siento, pues, ánimo de luchar en pro de la virtud, tuyo es el deseo; si combato, tuyo es el vigoroso aliento que me anima; si venzo, tuyo es el brazo que consiguió la victoria; y sólo por no resistir al impetuoso torrente de tu gracia, me coronas con la eterna diadema de tu gloria. *Domine, ut scuto bonae voluntatis tuae, coronasti nos* (2).

Y para hacerme apto de poder recibir los dones con que tu libérrima voluntad ha querido adornar mi alma, eclipsaste tu gloria en la cárcel de mi humanidad, tomando carne á semejanza de pecador y padeciendo por mí el frío y la vergüenza de la desnudez, la furia de la persecución, el hambre del destierro, el dolor y afrenta de los azotes y el vilipendio con que te escarnecen y martirizan los verdugos, coronándote de espinas. Por todas partes, ¡oh buen Jesús!, se abren tus sacrosantas venas, y de cada una de las gotas de sangre que se vierte veo yo, con los ojos de la fe, germinar una rosa encendida de amor, que nos convida á la virtud con su fragancia, y cada una de las espinas que se hunden en tu frente

(1) Ps. VIII, 6.
(2) Ps. V, 13

son, ¡oh Dios mío!, otros tantos dardos que hieren el corazón del Eterno Padre y lo mueven á misericordia sobre los hijos de los hombres.

Estos son, ¡oh cristianos!, los beneficios recibidos por todos nosotros de la mano generosa de nuestro Redentor y nuestro corazón es tierra estéril é ingrata que sólo da espinas y abrojos para coronar la frente del Salvador. *Maledicta terra in opera hominis; spinas et tribulos germinavit Christo* (1). Sí, cristianos; yo veo al mundo presente y al pasado tejiendo una corona de espinas, para pagar al Salvador sus liberalidades y larguezas. *Plectentes coronam de spinis.* Yo veo, primeramente, agostarse la tierra por la orgullosa desobediencia de nuestros primeros padres y convertirse el suelo, edén encantado de todas las delicias en páramo desierto y estéril donde rugen los vientos y se desencadenan las tempestades. Yo veo brotar de la tierra las espinas al contacto de la planta sangrienta de Caín. Yo veo germinar abrojos por todas partes, á lo ancho y á lo largo de la tierra, hollada y endurecida por aquella maldita generación, que procrearon los hijos de Dios y las hijas de los hombres, que mereció ser barrida por las aguas del diluvio. Yo no veo flores en los pensiles de Babilonia, formados para el placer; veo brotar, regadas con la copa espumosa de los vicios, zarzas y espinas. Alejandro va dejando, en pos de su huella dominadora, un anchuroso campo sembrado de abrojos, y los pueblos todos, en fin, hechos esclavos por las legiones romanas, riegan la tierra con lágrimas de ira y brotan las espinas del odio por toda la tierra.

Y después que la humanidad es redimida por la sangre preciosa del Cordero Inmaculado y por el dolor de la más pura y hermosa de todas las mujeres, si bien entre las grutas del desierto y en los santos cenobios, en medio de las asperezas y privaciones, entretejen los cenobitas

(1) Gen., III, 17.



y las vírgenes una corona de rosas para las sienes del Salvador; y el Apóstol que atraviesa los mares y las montañas en busca de las almas perdidas, le forma una diadema de perlas con las gotas de sudor que brotan de su frente; y los mártires una aureola de luz con la sangre que derraman, confesando su fe; y el resto de los hijos de los hombres, más pecadores que los gentiles, á quienes no fué anunciado el Evangelio, con aquellas espinas de los vicios de que dejó el mundo pagano sembrada la tierra, entretejen una corona terrible y punzante, para ceñir con ella, aleves y perjuros, las sienes del Salvador y el ánima afligidísima de su Madre. *Plectentes coronam de spinis posuerunt super caput ejus.*

*Generación mala y adúltera,* diré yo ahora con un profeta, ¿es ésta la paga de tantos beneficios que das á tu Señor (1)? Yo veo á Judas comenzar la corona de espinas con la ingratitud más infame y escandalosa, y veo que la siguen entretejiendo los perseguidores de la Iglesia, los heresiarcas con todos sus sectarios y prosélitos y la concluyen de entretejer los enciclopedistas franceses con todos sus modernos secuaces, que pretenden desterrar de la tierra la fe del Crucificado, con la abolición de las Ordenes religiosas, vanguardia del sacrosanto Capitolio. Y esta corona de punzantes espinas, entretejida por la mano de todos los pecadores, la coloca Voltaire, sátiro procaz é impío, que se burla de los misterios y de los dogmas, sobre las sienes del Salvador, á quien ha jurado destruir, y doblando luego ante El la rodilla, le escarnece diciendo: *Ave, rex judaeorum.* Dios te salve, Rey de los judíos.

¡Ay! Que esta corona mortifica más á Jesús y martiriza más á la Virgen, Nuestra Señora, que la entretejida por la mano de los verdugos; porque la hiere en su amor divino, en aquel amor que profesa á Dios y á sus obras.

(1) Deut., XXXII, 5.

San Bernardo dice «que la flecha del amor de Cristo, no sólo hirió el alma de María, sino que la traspasó, de suerte que no se encuentra en su pecho virginal ninguna partícula vacía de amor, sino que con todo el corazón, con toda el alma, con todas la maneras de virtud, amó á Jesús y sus obras». Pues del propio modo las espinas de los vicios con que la humanidad corona la frente del Redentor, no sólo deben herirle en el alma, sino que se la deben traspasar, de suerte que no quede ninguna partícula de su pecho que esté vacía de dolor.

Y si es verdad, y lo aseguran los Santos Padres, que Jesús padeció por todos y por cada uno de los hombres, y que fué tan grande su caridad, que si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padeciera lo que padeció por todos, todos hemos ayudado á formar la corona de espinas, y con la continuación de nuestros delitos, la traspasamos de las sienes de Jesús, que muere por nosotros, á las sienes de María, que sobrevive para ser Madre de los pecadores. En aquella corona, pues, está como punzante espina la soberbia, por la cual va siempre con nosotros la afrenta, que humilla; el desprecio altanero, que desespera, y el egoísmo, que agosta los santos sentimientos del corazón; allí está la avaricia, ciega y sorda para el llanto del necesitado, y atenta y previsora para el lucro; allí está punzando las sienes de Cristo y el corazón de María, la envidia, de lengua mordaz, corazón de cieno y de aliento ponzoñoso; allí está nuestra ira, de ojos sangrientos y pies veloces para correr al mal: y están, finalmente, la sibarítica gula y la mórbida lujuria, en cuyo corazón, lleno de las espinas y abrojos de los vicios, no prevalece la semilla de la divina palabra.

Todos, pues, hemos tomado parte en la corona que ciñe las sienes de Jesús y pone el dolor en el alma de su Madre, María, pues se encuentra afligida por la ingratitud de los hombres, al coronar de espinas al Redentor; y como tanto la apenaron los verdugos que dieron cima á



tan bárbara empresa, pienso que queda demostrado que la coronación de espinas fué un acto de crueldad en los verdugos y de ingratitud en los demás hombres.

«Mirad, hijas de Sión, os diré yo ahora con San Bernardo; mirad á vuestro Rey Salomón; en el destierro, amable; en el juicio, terrible; en el reino, admirable, con la diadema que le ciñó su Madre, la Sinagoga. Véanlo los pecadores con la corona de espinas, y arrepiéntanse de sus delitos; mírenlo las hijas de Sión, las almas afectuosas, coronado de misericordia, é imiten su caridad. Lo verán los impíos coronado de justicia, y perecerán; lo verán los santos coronado de gloria, y se alegrarán perpetuamente (1).» Salid, hijas de Sión, y ved á vuestra Reina, en el destierro, paciente; en el juicio, intercesora; en el reino, Madre de misericordia, coronada con la diadema del martirio, que la ciñeron sus ingratos hijos. Véanla los pecadores y arrepiéntanse de sus delitos, arrojando con indignación la copa de los placeres. Mírenla las hijas de Sión coronada de misericordia, y enciéndanse en los ardores de su caridad. ¡Ay! También la verán los impíos coronada de justicia, y se hundirán en el abismo, como la arista que consume el fuego. Y la verán, en fin, los justos, vestida con los rayos del sol vivo, y sonarán las arpas de los serafines con las suaves notas de la dicha, y los santos la mirarán al lado de su Hijo, sentada por toda la eternidad. Amén.

---

(1) S. Bern., ex Serm. 50 de Diversis.